



## HOMILÍA SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

01/XI/2023.

Muy apreciados hermanos:

La Iglesia Universal celebra la Solemnidad de todos los Santos, y nos invita a dirigir nuestras oraciones a esa gran multitud de creyentes que siguieron a Cristo, aquí en la tierra, y se encuentran ya en el cielo. Así lo proclama el pasaje del libro del Apocalipsis que hemos proclamado: *“vi una enorme muchedumbre, imposible de contar, formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas. Estaban de pie ante el trono y delante del Cordero, vestidos con túnicas blancas; llevaban palmas en la mano y exclamaban con voz potente: « ¡La salvación viene de nuestro Dios que está sentado en el trono, y del Cordero!»*

Por tanto, los santos que la liturgia celebra en esta solemnidad no son sólo aquellos canonizados por la Iglesia, y cuya fiesta celebramos a lo largo del año litúrgico, sino son todos los salvados que forman la Jerusalén celeste. En este grupo podemos encontrar a familiares, amigos y conocidos, que cumplieron cabalmente sus compromisos como ciudadanos y cristianos, personas virtuosas, que imitaron a Cristo y lo dieron a conocer, y nos dejaron un gran testimonio de entrega.

A veces, lamentablemente, cuando hablamos de santidad, pensamos inmediatamente en fenómenos extraordinarios, en grandes milagros, en súper héroes... algunas personas santas quizás hayan tenido ese tipo de fenómenos, pero la santidad no se identifica con ellos. Es necesario dejar claro que si todos estamos llamados a la santidad, como lo exige Jesús en el Evangelio: **“sean santos, como mi padre celestial es santo”**, es porque forma parte de la normalidad de la vida cristiana. La santidad, como decía un santo, “no consiste en hacer cosas extraordinarias, sino hacer extraordinariamente bien las cosas ordinarias”. Benedicto XVI lo expresaba de esta manera: *“La santidad...no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos. La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya”*.

Ni los santos oficiales, ni los santos anónimos fueron perfectos. Recordemos algunos santos canonizados:

- Pedro, cobarde, negó a su Señor, y fue constituido príncipe de los apóstoles.
- Pablo, que participa en el martirio de San Esteban, cruel perseguidor de la Iglesia, y se convirtió en el gran predicador de los gentiles.
- Juan y Santiago, ambiciosos, que quieren ocupar los primeros puestos, fueron martirizaron y dieron testimonio de humildad y fe.
- Agustín, lujurioso, aprendió a dominar la carne, constituido obispo y doctor de la Iglesia.

- Dorothy Day, fue una periodista de izquierda que abortó por miedo de perder a su amante, y tras su conversión dedicó su vida a evangelizar, y defender a los pobres y marginados. Ahora está en proceso de canonización.

Les repito que los santos no son personas raras, ni extraterrestres; son profundamente humanos y con un gran sentido de humor. Recuerdo la anécdota de San Felipe Neri: Un día el Papa le encomendó una tarea de discernimiento de espíritu. Había una monja muy popular, de la que se decía que entraba en éxtasis místicos. El Sumo Pontífice quería una opinión de Felipe al respecto.

El santo se puso en marcha hacia el monasterio un día de lluvia torrencial. El barro del camino le llegaba hasta la rodilla. Allí, mientras se secaba un poco, se acercó la monja considerada mística. Felipe, para comprobar si era realmente santa, le pidió: Hermana, por amor de Dios, ayúdeme a sacarme las botas que están como una gallina pasada por agua.

La monja lo miró extrañadísima y, con desaire, abandonó la habitación. Felipe se encaminó al Vaticano, pidió ver al Papa y dio su parecer: “**Santidad: ¡Poca santidad!**”

Debemos recordar que la santidad de vida no es, principalmente, fruto de nuestros esfuerzos y acciones. Es Dios, el tres veces santo, quien nos hace santos, es el Espíritu Santo quien nos anima desde el interior a actuar siempre en la presencia de Dios, es la gracia que recibimos a través de los sacramentos (especialmente la confesión y la eucaristía) la que nos renueva, transforma y santifica, es nuestra aceptación a la acción de Dios en nosotros, la que nos da fuerza para luchar contra todo lo que nos aparta de Dios y no permite nuestra perfección.

Por tanto, de dos maneras podemos entrar en contacto con la santidad de Cristo y ésta se comunica a nosotros:

- Por apropiación, pues nos pertenece, de algún modo, porque hemos sido “comprados a gran precio, al precio de la sangre de Cristo”. Somos de Cristo y Cristo es nuestro. Lo que debemos hacer es “apropiarnos”, “aceptar” la santidad que el Señor nos concede.

- Por imitación, esto es, el esfuerzo personal y las buenas obras «que se alejen de la fornicación, que cada uno sepa poseer su cuerpo con santidad y honor» (1 Ts 4, 3-9). San Bernardo «No seamos perezosos en imitar a quienes estamos felices de celebrar»

En este camino a la santidad ¿qué es lo esencial? ¿Qué se nos pide? ¿Qué no podemos obviar?

A manera de guía básica, permítanme señalar algunos aspectos que no pueden faltar:

- Encontrarnos con Cristo en los sacramentos, especialmente en la confesión y en la comunión. Ambos, nos otorgan gracias especiales: a través de la confesión, superamos el pecado, que nos aparta de Dios y de los hermanos; a través de la comunión, se nos da al mismo Cristo, que alimenta nuestra vida y nos transforma en él. Nunca dejen pasar un domingo sin un encuentro con Jesús resucitado en la Eucaristía y comenzar y terminar el día unido al Señor, como dice la escritura: “camina en mi presencia y serás santo”

- En el camino de nuestra vida, cumplir los mandamientos de la ley de Dios e interpretados por Cristo, y actuar según el espíritu de las bienaventuranzas, es decir, ser desprendido de los bienes materiales, tener sed y hambre de justicia y actuar en consecuencia, consolar a los que sufren, trabajar por la paz y la justicia, y actuar coherentemente, aunque nos traiga injurias, persecución y calumnias.

- Y hacer partícipe a otros del gran tesoro de nuestra fe, a través del ejemplo de vida y la predicación.

En esta solemnidad de todos los santos, pedimos a la Santísima Virgen María, que nos ayude a cumplir el mandato que nos dejó su hijo, de ser santo, para parecernos a Él y poder entrar en el cielo, donde encontraremos alegría plena. Así sea.

+   
† Ángel Francisco Caraballo Fermín   
Obispo de Caimas

**Prot. 2023/206**